

y vierten mil necesidades con toda la gravedad propia de apotegmas.

Parecerá que pondero, y no es así. Créame el lector, que hay muchos, muchos, que sin más mérito que pocos años de cursantes en la aula y un bonete ó capilla en la cabeza, desestiman cuanto pueden razonar ó discurrir en cualquiera materia los legos, como si éstos no fuesen racionales, ó fuesen racionales de otra clase inferior. Que se ofrezca hablar de guerra, que de política, que de gobierno alto ó bajo, con necia satisfacción meten la hoz en la miés ajena, á vista de hombres, de quienes en aquellas materias no merecen ser discípulos. ¿Y qué sacan de aquí? Que todos conozcan y hagan mofa de su mentecatez.

Y no omitiré otro torpísimo defecto de esta gente de poco alcance, bien que éste es común á personas de todas clases; esto es, ser continuos censores de los talentos ajenos. ¡Cosa preciosa! El hombre bobo es el que á cada paso anda calificando de bobos á éstos, á aquellos y á los otros. El que no sabe palabra es el que frecuentísimamente mide á dedos la ciencia de los profesores, y le parece que sólo se puede medir á dedos, porque en su opinión, rara ó ninguna vez llega á varas. El mal predicador es el que apenas oye sermón que le parezca bien; lo propio sucede al mal sastre, al mal herrero, etc.

XVIII

Visitas importunas

Hay unos hombres, que de demasadamente urbanos, son intolerables. Hablo de los visitantes, que parece toman el serlo por oficio, ó lo ejercen en virtud de algún particular nombramiento. Éstos son unos ociosos, que no saben qué hacer de sí, ni qué hacer en el mundo, sino cansar á toda la gente honrada de el pueblo; unos ladrones de el tiempo, que inicuaamente roban á sus vecinos el que necesitan para sus

precisas ocupaciones; unos caballeros andantes, que con la lengua siempre en ristre, se emplean en hacer tuertos, en vez de deshacerlos; unos pordioseros de parleta, que la andan mendigando de casa en casa; unos tramposos de cortesanía, que venden por obsequio lo que es enfado.

Los que piensan captar la gracia de los poderosos con la continuación de visitas, viven muy engañados. ¿Qué mérito será para ellos tenerlos cada tercer día aprisionados una hora en una silla, que viene á ser casi lo mismo que en un cepo, privándolos entre tanto, ya de la diversión que apetecían, ya de la ocupación que necesitaban? Lo que ordinariamente pasa es, que no bien el visitante, concluidas las ceremonias de despedida, vuelve las espaldas, cuando el visitado echa mil maldiciones á su impertinencia; y si tiene á mano con quien pueda desahogarse en confianza, dice, que no vió mayor salvaje en su vida.

Gran lástima tengo á los pobres ministros, por lo mucho que padecen en esta parte. A la pesadísima carga de su oficio se añade la molestísima sobrecarga de tanta visita, que no sé si es más onerosa, que la tarea de el tribunal. Al fin, en el tribunal oyen razonar á cuatro ó seis abogados doctos; en su casa oyen á veinte impertinentes y necios, que juzgan hacer mejor su causa quebrándole al ministro la cabeza.

XIX

Visitas de enfermos

Sobre el capítulo de visitas de enfermos es preciso escuchar, no sólo las reglas de la cortesanía, mas también las de la caridad; y es imposible, faltando á éstas, observar aquellas. Son los enfermos, tanto en la parte de el alma como en la del cuerpo, unos vidrios delicadísimos, que es menester manejar con exquisito tiento. Á un cuerpo enfermo, aun los leves tocamientos duelen; á una alma afligida, aun especies indiferentes inquietan.

Visitar á los enfermos es, no sólo acción de urbanidad, mas también obra de misericordia; mas para calificarse de tal, es circunstancia esencial y absolutamente indispensable, que la visita sirva al enfermo de alivio ó consuelo. Pero ¿cuántas reciben de éstas los pobres enfermos? Apenas una entre cincuenta. Los discretos son pocos, y los visitantes muchos. El que enfada con sus visitas á un sano, ¿qué hará á un enfermo? Ni basta ser discretos los que visitan, si su discreción no se extiende á comprender cuándo, cuánto, cómo y qué se ha de hablar á cada doliente. El *cuándo*, se ha de saber de el médico y asistentes; el *cuánto*, el *cómo* y el *qué*, lo ha de regular la prudencia de el que visita.

En el *cuánto* se peca ordinarisimamente. Á los enfermos se ha de dar poca conversación, aun cuando por la cualidad sea de su gusto. Sobre que la atención á lo que se les habla los fatiga, en esa atención misma se ocupan, gastan y disipan no pocos espíritus, que faltando esa distracción, se emplearían en lidiar contra la causa de la dolencia. Así, por lo común, conviene dejarlos en aquel medio sueño, en aquel ocio lánguido de el alma, que sin aplicar conato alguno, permite errar libremente por el cerebro todas las ideas que ocurre.

El *cómo* ha de ser tal, que se evite toda molestia. Debe hablárseles en voz remisa. Los vocingleros descalabran aun á cabezas de bronce; ¿qué harán á las de vidrio? No se les ha de molestar con preguntas, ó ponérseles por otra vía en la precisión de alternar la conversación, porque les resultan de ello dos fatigas: la de discurrir y la de hablar.

El *qué*, sea el que se discurra más grato para el enfermo, tocando siempre los asuntos más conformes á su genio, y á que en el estado de sanidad se reconocía más inclinado. Ya que en el alimento de el cuerpo huyen tanto médicos y asistentes de conformarse á su apetito, en que juzgo se yerra muchas veces, siquiera en el pasto de el alma sigan su inclinación, en que nunca puede haber inconveniente, antes evidente utilidad. Cuando hay muchas enfermedades en el pueblo, puede hacérseles conversación sobre este asunto; pero con la precaución forzosa de darles noticia solamente de los que escapan, y en ningún modo de los que mueren; que he visto visitantes tan mentecatos, que apenas aciertan á decir otra cosa á un enfermo, sino que murieron Fulano y Citano. Es

mucho lo que se congoja el pobre con esto, porque en la lógica de su melancólico discurso, su muerte se sigue como ilación de las otras.

Á estas reglas generales añadiré la nota de dos errores, en que comunisimamente inciden los que visitan á los enfermos: el primero es el de preguntarles todos, uno por uno, así como van entrando, cómo se hallan. Es menester la paciencia de Job para tolerar tanta pregunta idéntica. Aun en una levisima indisposición es notable el tedio y displicencia, que recibe el doliente, de que le pregunten una misma cosa tantas veces, y de haber de responder á todos de un mismo modo. Lo que se debe practicar es, preguntar el estado de el enfermo á alguno de los de casa, antes de entrar á verle, ó cuando más, preguntarlo en voz baja al que estuviere más á mano de los que entraron antes en el aposento. Puede también tomarse el expediente que practicaba un sujeto de mi religión y amigo mío, el cual, hallándose enfermo, hacía todas las mañanas al enfermero escribir todo cuanto le podían preguntar; cómo había pasado la noche, si el dolor de cabeza se había exacerbado ó disminuido, el estado de el apetito y de la sed, etc. Este papel mandaba fijar con obleas á la puerta de la celda, para que leyéndole los que entraban, excusasen fatigarle con preguntas.

El segundo error es meterse los visitantes á médicos. Esto es error de muchos. Cosa lastimosa es, que siendo el arte médico tan abstruso, tan arduo, tan difícil, que para conseguirle, el más prolijo estudio es insuficiente, el mayor ingenio es corto, todos se metan á dar en él su voto. Así, con lo que á cada uno se le antoja que puede aprovechar, ó como alimento ó como medicina, muelen á los enfermos é inquietan á los médicos. ¡Cuántas veces he visto á médicos muy advertidos hallarse sumamente perplejos sobre lo que debían ordenar, y al mismo tiempo mil don Teruleques cortar, rajar, hender, decidir con suprema satisfacción sobre el remedio que convenía prescribir! ¡Cuántas veces también he visto sacar estos importunos cachivaches de su paso al médico prudente y docto, el cual, bien contempladas las circunstancias de la enfermedad y de el enfermo, comprendía que convenía estarse quieto á la mira, dejando todo entre tanto al beneficio de la naturaleza; pero al fin, fatigado y vencido (que

no debiera) de las continuadas instancias de tanto ignorante, ponía las manos á la obra y ejecutaba lo que no convenía! Suelen estos rudos gritar que se debe ayudar á la naturaleza. ¡Grande aforismo! Todo el mundo lo sabe. Pero lo que ellos piensan que es ayudar á la naturaleza, es en realidad cortarle piernas y brazos.

XX

Visitas de pésame

Todos los que están oprimidos de algún grave pesar son unos enfermos de determinada clase. En las enfermedades, á quienes comunmente se da el nombre de tales, empieza el mal por el cuerpo, y de el cuerpo pasa al alma; en la enfermedad de tristeza empieza por el alma, y de el alma pasa al cuerpo. Para los apesarados, todos los visitantes deben ser médicos, ni hay otros médicos para los visitantes. La cura de las pasiones de el alma no pertenece á la física, sino á la ética. Así, la discreción de el que visita puede conciliar al enfermo algún alivio; los preceptos de el viejo Hipócrates, ninguno.

Mas ¿qué sucede? Que las visitas de pésame añaden al dolor de los apesarados otra nueva tortura. Á una viuda desolada, á un viudo amantísimo de su difunta consorte, el precisarlos á estar de respeto y formalidad un día entero, ó muchos días enteros, ¿no es tenerlos otro tanto tiempo en un potro? Tiene el dolor grande su natural desahogo en lágrimas abundantes, en gemidos impetuosos, en clamores repetidos, en ademanes descompuestos. Nada de esto es permitido á quien está recibiendo visitas. Ha de estar con mucha compostura, sin más expresiones de su dolor que las que hace un farsante en la aventura triste de una comedia. Se ha de ceñir á una representación puramente teatral de su angustia. Las palabras, los suspiros, han de salir con medida, compás y regla. Tiene un océano de amargura dentro de el pecho, y sólo se le consiente arrojar fuera una ú otra gota. Y si se mira

bien, ese no es desahogo, ni aun levisimo, antes la violencia que se padece en acomodarse á estas demostraciones regladas, es añadidura del tormento.

La cruel resulta que tiene en la gente dolorida impedirles la natural respiración de la queja, explicó bien el Picineli en el geroglífico de un río, que detenido, se hincha más, con este lema: *Ab obice crescit*. Es así que la angustia se aumenta todo lo que se oculta, y tanto ahoga, cuanto no se desahoga. *Strangulat inclusus dolor*, dijo Ovidio, que fué muy práctico en la materia.

Por esto juzgo yo que convendría, que á los que están de duelo sólo los vieses sus parientes y más estrechos amigos, cuya familiaridad no impide, antes facilita, aquellos rompimientos de el alma, que desembarazan algo la opresión de el pecho. Las visitas de éstos deben tomar por principal asunto un sincero ofrecimiento de sus buenos oficios, especialmente cuando el dolor tiene por motivo, ó parcial ó total, la pérdida, ó efectiva ó inminente, de algunas conveniencias temporales. Fuera de parientes y amigos, y aun más que éstos, importa que los visite algún varón espiritual y discreto, cuya virtud sea notoria á todo el pueblo. El consuelo que dan los hombres de este carácter en cualquiera aflicción, ó por mejor decir, Dios por medio de ellos, es muy superior á todo el que pueden ministrar los más finos parientes y amigos; y la mejor obra que podrán hacer al apesarado los parientes y amigos, será granjearle visitas de personas de esta calidad.

Todo lo dicho se debe entender de los duelos verdaderos y grandes, que á la verdad hay en esta materia mucho de perspectiva. Si muere el padre, si la madre, si el marido, si la esposa, siempre el correlativo que queda acá muestra alto sentimiento. Pero ¿quién lo ha de creer de el marido, que se experimentó más amante de la libertad que de la esposa? ¿Quién de la esposa maltratada de el marido, que miraba como cautiverio el matrimonio? ¿Quién de el hijo en quien se traslucía esperar con impaciencia la herencia paterna? En estos casos viene bien la multitud de visitas de pésame, porque son proporcionados pésames de cumplimiento á duelos de ceremonia.

XXI

Cartas

El escribir cartas con acierto es parte muy esencial de la urbanidad, y materia capaz de innumerables preceptos; pero pueden suplirse todos con la copia de buenos ejemplares. Así, el que quisiere instruirse bien en ella, lea y relea con reflexión las cartas de varios discretos españoles, que poco há dió á la luz pública el sabio y laborioso valenciano don Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario de su majestad, y catedrático del Código de Justiniano en el reino de Valencia. Esto para las cartas en nuestro idioma. Para las latinas, los que desearan una perfecta enseñanza, la hallarán en las de el doctísimo deán de Alicante, don Manuel Martí, que acaba de publicar en dos tomos de octavo, el citado don Gregorio Mayans; y en las de el mismo Mayans, publicadas en un tomo de cuarto, el año de 1732. Y cierto considero importantísimo el uso de los tres libros expresados, porque es lastimoso el estado en que se halla la latinidad en España, especialmente en orden al estilo familiar y epistolar. ¡Cuántas veces ocurre la necesidad de escribir esta ó aquella comunidad grave alguna carta latina á Roma ú otro país extranjero, y cuán pocos sujetos se encuentran capaces de escribir sino un latín lleno de hispanismos! Cuando se ofrece hablar á un extranjero, que sólo se nos puede explicar en latín, nos hallamos poco menos embarazados para confabular con él en este idioma, que si nos precisasen á hablar en arábigo.

En la multitud de cartas se peca como en la frecuencia de visitas; ni las cartas son otra cosa que unas visitas por escrito. Son muchos los que incurren en este abuso. El motivo más común es captar la benevolencia de aquellos á quienes escriben. Notable necedad, pensar que con la molestia se granjea el amor. Lo contrario sucede á cada paso; y he visto á muchos, con la repetición de cartas, perder la estimación que antes lograban, y sin esa molienda merecieran. Hay no pocos que las escriben por la vanidad de mostrar las respues-

tas, para que los respeten como á hombres que se corresponden con personas distinguidas. Éstos son molestos para aquellos á quienes las escriben, y para aquellos á quienes las leen. Lo ordinario es, que los que por este medio procuran hacerse espectables, sólo consiguen ser tenidos por ridículos. Apenas hay quien no haga mofa de los que de corro en corro andan leyendo sus cartas, como los malos poetas sus versos.

Pero ¿qué remedio habrá contra tales impertinentes? Hacerse desentendidos los que reciben las cartas, y no responderles. ¡Oh! que esto es falta de urbanidad. No, sino sobra de discreción, y la aprehensión contraria reputo por error común. No hay quien tenga por inurbanidad despachar una ú otra vez á un moliente de visitas, haciendo que no está en casa. ¿Por qué será inurbanidad portarse con un moliente de cartas como si una ú otra se hubiese perdido en el correo? Ya se ve, que al escritor le dolerá la falta de respuesta; mas si yo me curo de una indisposición, que padezco, con una medicina que me amarga á mí, ¿cuánto mejor será curarme de una molestia con un remedio que amarga al mismo que me causa el mal? Ello, parezca bien ó mal, yo así lo practico, y me es absolutamente imposible hacer otra cosa; siendo cierto, que si quisiese responder á todos, ni tendría caudal para pagar los portes, ni tiempo para escribir las respuestas.

APÉNDICE

En el párrafo XIV, debajo de la autoridad de Quintiliano, notamos de inurbana la chanza que se extiende á asuntos genéricos, comprehensivos de muchas personas, ya presentes, ya ausentes. Pero reservamos para aquí individuar y corregir el abuso más damnable que se comete en esta materia. Éste es el de chancear, zumbar, y aun zaherir sobre el capítulo de el estado religioso.

¿Creerán los herejes, que muchas veces entre católicos la profesión de el estado regular sea asunto de irrisión ó ludibrio? ¿Creerán que muchas veces á un religioso le llaman *fraile* por mofa? ¿Creerán que haya hijos de la Iglesia romana, que hablen de los religiosos aun con mayor desprecio que

ellos mismos? ¿Creerán que hay entre nosotros quienes, cuando un religioso en alguna acción declina de las reglas de el pundonor, les parece que la califican sobradamente de indecorosa, con decir que es una *frailada*? No sé si lo creerán; pero ello así es.

No veo, á la verdad, que este desorden suba muy arriba; pero tampoco se queda muy abajo. Dividiendo los entendimientos de los hombres en tres clases, alta, mediana y ínfima, se hallará que el bárbaro lenguaje de hablar con desprecio de los religiosos es vulgarísimo en la ínfima, tiene algún lugar en la mediana, pero nunca llega á la suprema. El no arribar jamás á esta clase consiste en que los hombres de entendimiento claro ven con evidencia, que el estado religioso por muchas razones mueve á veneración, y por ninguna á desprecio. Como la clase media de entendimientos tiene mucha latitud, tanto más ó menos adolece de este vicio, cuanto más ó menos se acerca, ó á la alta, ó á la ínfima. Creo que en muchos ó los más de esta clase no procede de dictamen el asco, que en determinadas ocasiones hacen de los religiosos, sino de que no les ocurre otra cosa con que zaherir, cuando algún religioso les ocasiona algún enfado, ó cuando en conversación festiva se ven precisados á reciprocarse la zumba.

Vamos ya á cuentas, señores seculares, sean los que se fueren, que es la materia más grave que lo que vuestras mercedes imaginan; y por decírselo francamente, el hablar con vilipendio de los religiosos como tales, tiene un olor infernal. En un religioso hay que considerar la persona y el estado. La persona tendrá acaso muchos y graves defectos, en cuyo caso será reprehensible, y aun despreciable por ellos; mas no por eso el desprecio se debe ó puede extender al estado. Aunque la persona sea malísima, el estado siempre es santísimo. Aborrer los vicios de un religioso malo, nace de un dictamen justo; insultar el estado, no puede eximirse de sacrilegio. ¿Qué significa cuando un religioso con alguna acción poco decorosa, ó imaginada tal, los ofende á vuestras mercedes, decir que obra como fraile, ó que su acción es *frailada*? Sin duda no significa otra cosa, sino que su profesión por sí misma influye y inclina á acciones torpes: ni más ni menos que de un hombre vil por su oficio, verbi-gracia un carnicero, al cometer una infamia, se dice, que de un carnicero no se podía

esperar otra cosa, ó que obró conforme á la vileza de su ministerio. Veán vuestras mercedes si esto es condenar un estado que la Iglesia aprueba, desestimar lo que la Iglesia aprecia, vilipendiar lo que tantos sumos pontífices han calificado con altísimos elogios. Véanlo vuestras mercedes, y reflexionen lo que de aquí se sigue, que será mejor que vuestras mercedes lo deban á su reflexión, que á mi advertencia.

Pero convengo en que bajemos la mira, y tratemos la materia más humanamente, como si la cuestión fuese con personas que miran con indiferencia el infalible y venerable dictamen de la Iglesia católica romana. Prescíndase, digo, de la aprobación, que logran de la Iglesia todos los estatutos regulares, y miremos el asunto, digámoslo así, con puramente mundanos ojos, siquiera porque no nos digan, que por destituidos de otra defensa, nos acogemos á sagrado.

¿Por dónde el nombre de fraile podrá ser de mal sonido ú de bajo significado? Cinco clases de religiosos hay en la Iglesia de Dios: canónigos reglares, monacales, religiosos militares (prescindiendo por ahora de la famosa cuestión de si lo son rigurosamente), clérigos reglares y mendicantes. Algunos comprenden bajo el nombre de frailes á todos, exceptuando los militares. Otros á todos los que preponen al nombre la voz *fray*. Otros, finalmente, sólo á los mendicantes. Yo nunca he sido delicado sobre esta materia. He visto muchos monacales, que lo son, y al darles el nombre de frailes, responden con enfado, que no son frailes, sino monjes. Es cierto, que tomando la voz *frailes* en la tercera acepción, distinguen bien, porque el estado monacal y el mendicante constituyen entre los regulares clases distintas. También tomando la voz *frailes* en la segunda acepción, distinguen oportunamente; porque la agregación de el *fray* al nombre en los monacales es una intrusión de poco tiempo á esta parte, y aun esa intrusión se ha extendido poquísimos. En Francia, Italia, Alemania y Flandes, todos los monacales preponen simplemente la voz *don* al nombre, *don Juan de Mabillón*, *don Lucas de Acheri*, *don Edmundo Martene*. Aun dentro de España, los cistercienses de la corona de Aragón se tratan mutuamente de *don*. Los hijos de san Basilio ya se dan en toda España el mismo tratamiento. Aun en nuestra congregación de San Benito de Valladolid, que es donde tuvo principio es a innovación, algunos

particulares se dan recíprocamente *don*, sin que los superiores lo corrijan, por tener comprendido, que este tratamiento es conforme á la regla de nuestro gran patriarca san Benito, como probó en un docto escrito, que sacó á luz el año de 1733, el padre maestro don Isidoro Andrés, monje cisterciense de la corona de Aragón, hijo de el célebre monasterio de Santa Fe, y al presente lector de artes en el monasterio de la Oliva, joven de amenísimo ingenio y de altas esperanzas.

Todo esto es verdad. Mas todo esto para el asunto ¿qué importa? En la consideración de otros, mucho; en la mía, poco ó nada. De cualquiera modo que se tome la voz *fraile*, y, que se atienda á su derivación, que á su significación, es honradísima. Derívase de la voz latina *frater*, que significa *hermano*. La hermandad de los religiosos unidos debajo de un techo, ú debajo de un instituto, ¿tiene algo de malo? El Espíritu Santo, en la pluma de David, la calificó de buena, y muy buena: *Ecce quàm bonum, et quàm jucundum habitare Fratres in unum*. Lo que significa, es un hombre destinado al culto divino (sea debajo de este ú aquel instituto), consagrado á Dios; ministro de su casa, doméstico del Omnipotente. ¿Hay en esto alguna bajeza? No, sino una nobleza suma. ¿Por qué, pues, se asquea la voz *fraile*?

Miremos las cosas á otra luz, y humanemos aún más la consideración. Todo lo que los hombres de razón estiman en los hombres (dejando aparte los bienes de fortuna, que son más objeto de la lisonja, que de la veneración) se reduce á tres capítulos: ciencia, virtud y nacimiento; ó por lo menos, éstos son los principales. ¿Por cuál de estos tres desmerecerán los frailes? ¿Por la ciencia? Es sin duda, que á la reserva de una religión sola, tantos á tantos sin comparación, más ciencia se halla en los religiosos, que en los seculares. Entre aquellos casi todos estudian; entre éstos los menos, ó sólo un poco de gramática. ¿Por la virtud? ¿Quién negará, que tantos á tantos se puede pronunciar en orden á este capítulo lo mismo que acabamos de decir en orden al de la ciencia? ¿Por el nacimiento? Hay muchos, muchísimos, muy nobles, y para todos se hacen prueba de limpieza de sangre; en algunas religiones, como en la mía, también de limpieza de oficio. Á vista de esto, ¿quién no se irritará de que innumerables

trastos indignos, que hay en el mundo, despreciables por todos capítulos, ineptos para todo, sino para comer; ignorantes, torpes, rudos y aun de nada calificado nacimiento, hablen con asco de los frailes, cuando entre éstos hay muchos, que aun atendido sólo el nacimiento, los exceden muchos codos; y si se hubiesen quedado en el siglo, no los admitirían por criados de escalera arriba? ¡Cuántos, sin más mérito que una peluca en la cabeza, miran los frailes allá abajo con un desdén fastidioso, como si, prescindiendo de todas las demás circunstancias, no fuese mucho mayor honra cubrir la cabeza con una capilla, de cualquier tela ó paño que sea, que con una peluca!

Finalmente, señores seculares, eso de apellidar *frailada* á la acción ruin, ó descomedida, en que tal vez caen uno ú otro religioso, les aseguro que es una necedad muy de marca mayor. Ó esa denominación significa, que es propio de los religiosos obrar así, ó lo que coincide á lo mismo, que así obran comunísimamente; proposición, que (dejando aparte la cualificación que merece) evidentemente se convence de falsa por experiencia y por razón. Tantos á tantos, como arriba dije, en orden á ciencia y virtud, más pundonor se experimenta en los religiosos, que en los seculares. Á la reserva de algunos poquísimos, siempre he visto á aquellos muy constantes en sus amistades, muy fieles en sus promesas, muy gratos á sus bienhechores, etc.

Á esta experiencia sufragan dos razones de gran peso. La primera se toma de la educación de los religiosos, la cual es una continua instrucción de todo género de virtudes morales, en que son comprendidas las que acabamos de expresar, y todas las demás, que constituyen á un hombre pundonoroso, ó como decimos vulgarmente, hombre de bien.

La segunda razón tiene fuerza más sensible. El motivo por que ordinariamente los hombres cometen acciones ruines es la nimia adhesión á los propios intereses. Falta éste al amigo, aquél al pariente, el otro al bienhechor, porque les tira más el propio interés, que la amistad, que la gratitud, que el parentesco. Ahora bien; es manifiesto que el interés propio tiene más fuerza en los más de los seculares, que en los religiosos. Todos los casados encuentran á cada paso un grande estorbo para obrar con generosidad, en la atención que tie-

nen al interés de su consorte y de sus hijos; tropiezo de que carecen los religiosos y demás eclesiásticos. ¡Cuántos, si no tuviesen otro motivo de interés, que el de la propia persona, le abandonarían bizarramente por obrar conforme á las leyes del pundonor! pero las conveniencias de la mujer y de los hijos, los arrastran y obligan á ejecutar alguna ruindad, que sin ese atractivo no ejecutarían. Aun respectivamente á los intereses puramente personales, si se hace el cotejo con los seculares de cortos medios, se hallará, que los religiosos están más desembarazados para obrar con honradez en las ocasiones que se ofrezcan. Los mismos seculares lo advierten esto, pues cuando algún religioso, poniéndoles delante su propio ejemplo, los exhorta á obrar con más pundonor y menos codicia, lo que responden es, que el religioso tiene seguro el plato, y ellos no. Luego, por cualquiera parte que se mire, más propio es de los religiosos obrar con honradez que de los seculares. Déjese, pues, esa simpleza de tomar las voces *fraila* y *frailada* hacia mala parte, ó cuando más, estánquese ese uso de las voces en chozas pastoriles, mesones y tabernas.



ABUSOS DE LAS DISPUTAS VERBALES

I

He oído y leído mil veces (mas ¿quién no lo ha oído y leído?) que el fin, sino total, primario, de las disputas escolásticas es la indagación de la verdad. Convento en que para eso se instituyeron las disputas; mas no es ese por lo común el blanco á que se mira en ellas. Dirélo con voces escolásticas. Ese es el fin de la obra; mas no del operante. Ó todos ó casi todos los que van á la aula, ó á impugnar ó á defender, llevan hecho propósito firme de no ceder jamás al contrario, por buenas razones que alegue. Esto se proponen, y esto ejecutan.

Há siglo y medio que se controvierte en las aulas con grande ardor sobre la física predeterminación y ciencia media. Y en este siglo y medio jamás sucedió que algún jesuíta saliese de la disputa resuelto á abrazar la física predeterminación, ó algún tomista á abandonarla. Há cuatro siglos que lidian los scotistas con los de las demás escuelas sobre el asunto de la distinción real formal. ¿Cuándo sucedió, que movido de la